Año XIII Jueves 21 de Enero de 1904 Núm. 284

LA ACADEMIA CALASANCIA

ÓRGANO DE LA ACADEMIA CALASANCIA DE LAS ESCUELAS PÍAS

DE BARCELONA

Sección Oficial

Acta de la sesión privada del día 13 de diciembre de 1903

Rezadas las preces de costumbre dió comienzo á la sesión, aprobándose el acta de la anterior, con asistencia de los Sres. Comas Doménech, Culilla, Cristany, Codina, Estrada, Giménez, Giralt, González, Marimón, Martínez (D. L. y D. R.) Mestre, Nadal, Parés, Poch, Puigferrer, Royo, Rumeu (D. A. y D. J.) Santamaría, Sánchez, Sayrach, Senillosa, Tarrida, Ziegler y el infrascrito, presidiendo el Dr. Parpal. Los señores Castany y Montllor excusaron su asistencia.

Manifestó la presidencia haberse recibido invitaciones del Centro Católico de Dom Bosco, de las Escuelas Pías de Puigcerdá, de la Congregación de Ntra. Sra. de Belén, de la Asociación de Católicos y de la Juventud Católica de San Andrés de Palomar para las veladas que celebraban dichas sociedades.

Dió cuenta de la admisión como académicos supernumerarios del Dr. D. Juan Cristany y Galcerán y de D. José Gassiot y Magret, abogado; de haber delegado la Junta al vicesecretario Sr. Nadal para representarla en la sesión que celebraba la Congregación de la Inmaculada en el Centro obrero de Ntra. Sra. del Carmen y San Pedro Claver; de haberse recibido una comunicación de la Congregación de Ntra. Sra. de las Escuelas Pías y de San José de Calasanz á la que dió lectura el infrascrito secretario, acordándose constara en acta la satisfacción de la Academia por la creación de esta nueva sociedad que desea estrechar los lazos de amistad con la Academia. Dióse lectura al siguiente fallo del Jurado calificador de los trabajos recibidos para el certamen:

«El Jurado calificador de los trabajos presentados al certamen

organizado entre los académicos supernumerarios y aspirantes ha emitido el siguiente fallo:

1.º Se concede el premio al estudio *El poder universal* «Et in terra pax hominibus», primoroso escrito doctrinal desarrollado con singular acierto y excelente método. El autor ha demostrado con él poseer buenas cualidades literarias que le han servido para presentar con castiza forma el asunto cuyo desarrollo es perfecto. Es, en fin, un trabajo digno de todo elogio.

2.º Se distingue con accésit el cuento *Capital y trabajo*, delicada novelita que con traza presenta un cuadro social muy bien pensado y escrito con soltura. Algunos defectos nacidos, sin duda, del poco manejo de la pluma, perjudican el conjunto. Sin embargo, encierra el trabajo bellezas exquisitas y es merecedor de ser laureado.

Barcelona, 12 de diciembre de 1903.—Por el Jurado: COSME PARPAL Y MARQUÉS».

Abiertas las plicas resultó ser autor del trabajo laureado con el premio D. José Santamaría y Monné, y con el accésit D. Roberto Poch Xarrié, y en el acto se les hizo entrega de los premios consistentes en el tomo de las Conferencias del Rdo. P. Llanas en la iglesia de Belén y la obra del mismo autor titulada «Idea de la verdadera religión».

En la segunda parte de la sesión pidió la palabra el señor Culilla para elogiar las virtudes del Cardenal Herrero recientemente fallecido, acordándose, á propuesta de dicho señor, constara en acta el pésame de la Academia por su fallecimiento.

A continuación se concedió la palabra al Dr. Comas Doménech para continuar su conferencia sobre las «Reformas que deben introducirse en el procedimiento criminal», empezando el disertante por tratar de la institución del Jurado que dijo parte de ficciones y principios falsos.

Enumeró las confabulaciones posibles y que diariamente se ven en la formación del Jurado la cual es caprichosa, é hizo ver la poca imparcialidad de los jurados en el desempeño de su cargo, haciendo notar el hecho de que con frecuencia absuelven á individuos que han cometido crímenes que exaltan á las muchedumbres y declaran culpables cuando se trata de ataque á la propiedad.

Citó numerosos ejemplos que demuestran lo parcial del Jurado y abogó por su completa supresión.

Trató luego de la responsabilidad contra jueces y magistrados que no existe por necesitarse un antejuicio para ver si el tribunal ha delinquido. Dijo que el Sr. Romero Robledo, siendo ministro de Gracia y Justicia, quiso implantarla, pero no pudo ser por la rápida sucesión de gobiernos que padecemos.

Se mostró partidario de la supresión de la facultad del

Rey para indultar á los criminales. Adujo opiniones de varios autores partidarios de dicha supresión, la apoyó diciendo que siendo un acto de justicia el que un tribunal condene á uno que ha delinquido, debe ser una injusticia que se le indulte pues eso va contra los dictados de la justicia.

El indulto, dijo, arroja en medio de la sociedad á muchos criminales sin haberse corregido, sin medios de subsistencia y tildados por la sociedad con el epíteto de licenciados de presidio, lo cual es una manera contraproducente de conmemorar los hechos nacionales.

Además, dándose el caso de que ese indulto se refiera casi siempre á delitos políticos, podríamos preguntar, dijo el disertante, que privilegio tienen esos delitos sobre los otros.

Se mostró partidario de la revisión y de la indemnización para los inocentes y nunca del indulto.

Puesto á discusión el tema del Dr. Comas, usó de la palabra el Sr. Culilla quien manifestó era muy poco lo que podía añadirse á lo dicho por el disertante á quien felicitó por su trabajo: que estaba conforme con sus manifestaciones y que por tratarse de un asunto de tanto interés usaba de la palabra para afianzar más lo dicho por el Dr. Comas.

Respecto al Jurado, dijo, que como otras tantas instituciones de nuestro derecho moderno era importado de la legislación francesa que es la de la Revolución; de suerte que este derecho, dijo, es la Revolución legalizada.

También se mostró partidario de la supresión del Jurado, aduciendo á su favor opiniones de algunos notables jurisconsultos.

Se mostró conforme con la abolición del indulto defendida por el señor Comas el que contestó al señor Culilla agradeciendo sus manifestaciones que corroboran sus opiniones.

El vicepresidente señor Parés usó luego de la palabra y manifestó no estar conforme con el disertante cuando al citar algunos procesos dijo estar muy de moda entre los médicos declarar locos á los criminales é hizo notar que existen muchas enfermedades como la neurastenia, la corea, etc., que, sin ser locura, son causa de que el individuo cometa ciertos actos que no verificaría en perfecto estado de salud y terminó mostrándose partidario de la corrección del Jurado, no de su supresión.

El señor Comas contestó que si hay venganza en el que ejecuta un crimen no puede declarársele loco, pues en la venganza hay raciocinio lo mismo que si existe premeditación.

El presidente felicitó al disertante que, dijo, es autoridad en la materia por su profesión y estudios especiales.

Dijo que en realidad no había habido discusión más que en lo

referente á irresponsabilidad criminal de locos é imbéciles y sobre ello hizo algunas observaciones fundándose en la filosofía escolástica.

Y después de anunciar para el 10 de enero la próxima sesión privada en la que disertará el infrascrito sobre «Las máquinas y su influencia social» levantó la sesión.

El Secretario,
ANTONIO BRUNA Y DANGLAD

En los domingos 24 y 31 del corriente mes celebrará la ACADEMIA CALASANCIA sesión privada, á las diez, desarrollándose y discutiéndose el tema «Las máquinas: su influencia social,» del que es ponente el infrascrito secretario.

Lo que se anuncia para que los académicos asistan á dicha sesión.

Barcelona 18 de enero de 1904.

EL PRESIDENTE, COSME PARPAL Y MARQUÉS. — EL SECRETARIO, ANTONIO BRUNA Y DANGLAD.

CARTA DE SU SANTIDAD

AL CARDENAL RESPIGHI

Vicario general de Roma

SEÑOR CARDENAL:

El deseo de que nuevamente florezca en todas partes el decoro, la dignidad y la santidad de las funciones litúrgicas Nos ha determinado á dar á conocer, por medio de unas Letras de Nuestra mano, cuál sea Nuestra voluntad acerca de la música sagrada, que tan ampliamente se usa en servicio del culto. Abrigamos la confianza de que todos Nos secundarán en esta deseada restauración, no ya solamente con aquella sumisión ciega, aun siendo tal siempre laudable, con que se aceptan, por puro espíritu de obediencia, disposiciones gravosas y contrarias al propio sentir, sino con aquella prontitud de voluntad que nace del íntimo convencimiento de haber de obedecerse por razones bien conocidas, claras, evidentes é irrefutables.

En efecto, por poco que se reflexione sobre el fin santí-

simo con que el arte está admitido en el servicio del culto y la suma conveniencia de no ofrecer al Señor sino cosas de suyo buenas y, donde sea posible, excelentes, pronto se conocerá que las prescripciones de la Iglesia acerca de la música sagrada no son sino la aplicación inmediata de esos dos principios fundamentales. Cuando el clero y los maestros de capilla se convencen de esta verdad, la buena música sagrada florece de nuevo espontáneamente; cuando esos principios se menosprecian, no bastan súplicas, ni amonestaciones, ni órdenes severas y repetidas, ni amenazas de penas canónicas para hacer que nada se cambie; tantos medios halla la pasión, ó, sino ésta, una vergonzosa é indisculpable ignorancia, para eludir la voluntad de la Iglesia y persistir años y años en el mismo censurable estado de cosas.

Tal prontitud de voluntad Nos prometemos particularísimamente del clero y fieles de esta Nuestra amada ciudad de Roma, centro del cristianismo y sede de la suprema autoridad de la Iglesia, porque, verdaderamente, parece que nadie debe experimentar mejor la influencia de Nuestra palabra que los que directamente la oyen de Nuestros labios y que el ejemplo de amorosa y filial devoción á Nuestras paternales excitaciones nadie debe darlo con mayor solicitud que la primera y más noble porción de la grey de Cristo, la Iglesia de Roma, especialmente entregada á nuestra pastoral vigilancia de obispo. Añádese que este ejemplo ha de darse á la faz del mundo entero, porque de todas parte vienen continuamente aquí obispos y fieles á reverenciar al Vicario de Cristo, y á templar sus almas visitando nuestras venerandas basílicas y las tumbas de los mártires y asistiendo con doblado fervor á las solemnidades religiosas que con toda pompa y esplendor se celebran aquí en todas las épocas del año. *Optamus, ne moribus nostris offensi recedant*, decía hasta de su tiempo Benedicto XIV, nuestro predecesor en su Carta Encíclica *Annus qui*, hablando de la música sagrada: «Vivamente deseamos que no regresen á su patria escandalizados de nuestros

usos». Y tocando más adelante al abuso de los instrumentos musicales, que entonces se introdujo, añadía: «¿Qué concepto formará de nosotros quien, viniendo de naciones donde esos instrumentos no se tocan en la iglesia, los oiga en las nuestras, ni más ni menos que suelen tocarse en los teatros y otros lugares profanos? Vendrán quizás de localidades y países en cuyas iglesias se cante y toque como ahora en las nuestras, mas si son hombres de buen sentido se dolerán de no hallar en nuestra música el remedio que venían á buscar aquí para la mala de sus iglesias». En otros tiempos se advertía quizá menos la disconformidad de la música habitual de la iglesia con las leyes y prescripciones eclesiásticas, y el escándalo resultaba por fortuna menor, en razón de hallarse el mal más extendido y generalizado. Mas hoy, después que tanto han trabajado egregios varones para ilustrar la liturgia y las condiciones del arte que se emplea en el culto; después de que en tantas iglesias del mundo se han conseguido con la restauración de la música sagrada resultados tan consoladores, y no pocas veces brillantísimos, á pesar de los graves obstáculos que se oponían al buen éxito; finalmente, después de que la necesidad de un completo cambio de cosas está universalmente admitida, cualquier abuso en esta materia resulta intolerable y debe suprimirse.

Por lo tanto, en el alto oficio de Nuestro Vicario en Roma para el gobierno de las cosas espirituales, con la suavidad que le es propia, señor cardenal, pero no con menor firmeza, estamos seguros de que procurará que la música que se ejecuta en las iglesias y capillas, así de seculares como de regulares, de esta ciudad, se ajuste enteramente á Nuestras *Instrucciones*. Muchas cosas habrán de quitarse ó corregirse en el canto de la misa, la letanía lauretana y el himno eucarístico; pero lo que necesita una completa renovación es el canto de Vísperas en basílicas ó iglesias, donde ya no se observan las prescripciones litúrgicas del *Caeremoniale Episcoporum*, ni las hermosas tradiciones musicales de la escuela clásica romana.

A la devota salmodia del clero, en la cual tomaba parte el pueblo, han substituído interminables composiciones musicales sobre el texto de los salmos, todas escritas á la manera de las antiguas óbras teatrales, y generalmente de tan mezquino valor artístico, que no se tolerarían de fijo ni siquiera en los conciertos profanos de menos importancia. Con tal música no se promueve la devoción ni la piedad cristiana, se alimenta la curiosidad de los menos entendidos y la generalidad de los fieles no recibe sino disgusto y escándalo y se maravilla de que tanto abuso perdure todavía. Por lo cual es Nuestra voluntad que todo eso se suprima y que las Vísperas se celebren en todas partes con arreglo á las normas litúrgicas por Nos indicadas.

Serán las primeras en dar ejemplo las basílicas patriarcales, merced á la solícita atención y al ilustrado celo de los señores cardenales á quien están encomendadas, á las cuales emularán, ante todo, las basílicas menores, las iglesias, colegiatas y parroquiales, como asimismo las iglesias y capillas de las Ordenes religiosas. Y no use de indulgencias, señor cardenal, ni consienta dilaciones. Con diferirlas no se amenguan las dificultades, sino que crecen, y puesto que hay que cortar, córtese resuelta é inmediatamente. Tengan todos confianza en Nos y en Nuestra palabra, á la cual van unidas la gracia y la bendición celestiales. Al principio la novedad producirá asombro; resultará quizá mal preparado algún maestro de capilla ó algún director de coro; mas poco á poco irá prendiendo por su propia virtud, y en la perfecta correspondencia entre la música, las notas litúrgicas y la salmodia, todos descubrirán una bondad y belleza no advertidas antes.

A la verdad, esta reforma abreviará considerablemente la duración de las Vísperas; mas si los rectores de las iglesias quisiesen alguna vez prolongar la función y ocupar la atención del pueblo, que laudablemente suele acudir por las tardes á los templos donde se celebra fiesta, nada impide, antes bien será provechoso á la piedad y edificación de los fieles, que á las Vísperas siga un sermón apropiado

á la fiesta y que se termine con una solemne bendición y reserva del Santísimo.

Deseamos, por último, que con especial atención y en los debidos términos se cultive la música sagrada en todos los Seminarios y Colegios eclesiásticos de Roma, donde tan numerosa y escogida legión de clérigos jóvenes, procedentes de todas las naciones, viene instruyéndose en las ciencias sagradas y educándose en el espíritu eclesiástico.

Sabemos, y es cosa que grandemente Nos consuela, que la música sagrada florece en tales institutos, que á todos pueden servir de modelo; pero algunos Seminarios y algunos Colegios, ya sea por descuido de sus superiores, ya sea por el mal gusto y la menguada capacidad de las personas á quienes está encomendada la enseñanza y dirección de la música sagrada, dejan mucho que desear en esta materia. Y también á esto proveerá con su solicitud, señor cardenal, insistiendo principalmente en que canto gregoriano, conforme las prescripciones del Concilio Tridentino y de otras innumerables, provinciales y diocesanas, de todas las naciones del mundo, se estudie con especial diligencia y sea por costumbre preferido en las funciones públicas y privadas del instituto.

A decir verdad, en otras edades no se conocía, generalmente, el canto gregoriano sino en libros donde aparecía incorrecto, alterado y abreviado; mas el estudio minucioso y diario que le han dedicado varones insignes, grandemente benéméritos del arte religioso, ha cambiado la faz de las cosas. El canto gregoriano, restituído por modo satisfactorio á su primitiva pureza, y tal como fué preceptuado por los padres y se halla en los Códigos de varias iglesias, se ofrece dulce, suave, facilísimo de aprender, y con tan nueva é inspirada hermosura, que donde ha sido introducido no tardó en excitar el entusiasmo de los cantores jóvenes. Pues bien: cuando al cumplimiento del deber acompaña el gusto, todo se hace con más prontitud y con fruto más duradero.

Queremos, por consiguiente, que en todos los Colegios

y Seminarios de esta ilustre ciudad se introduzca de nuevo el antiquísimo canto romano, que ya resonaba en nuestras iglesias y basílicas y fué las delicias de las pasadas generaciones en las edades más hermosas de la piedad cristiana. Y como ya otra vez se propagó este canto de la Iglesia de Roma á las otras iglesias de Occidente, así grandemente deseamos que los sacerdotes jóvenes que se instruyen aquí á Nuestra vista, lo lleven y difundan de nuevo en sus diócesis, cuando á ellas regresen para trabajar en la gloria de Dios.

Grato es á nuestro ánimo dar estas disposiciones mientras preparamos la celebración del XIII centenario de la muerte del glorioso é incomparable Pontífice San Gregorio Magno, á quien una tradición eclesiástica de muchos siglos atribuye la composición de estas santas melodías, que de él han tenido nombre. Ejercítense diligentemente en ellas Nuestros carísimos jóvenes, pues Nos será agradable oirlas, si, como se nos ha referido, se reunen todos en las próximas fiestas centenarias junto al sepulcro del Santo Pontífice en la Basílica Vaticana para ejecutar las melodías gregorianas durante la sagrada liturgia, que, si place á Dios, Nos celebraremos con tan fausto motivo.

Entre tanto y como prenda de Nuestra especial benevolencia, reciba, señor cardenal, la bendición apostólica que de lo íntimo del corazón le concedemos, lo mismo que al clero y á todo Nuestro pueblo muy amado.

Del Vaticano en la fiesta de la Inmaculada Concepción del año 1903.—PIO, PAPA X.

CONFERENCIAS CATÓLICAS Y CONFERENCIAS REVOLUCIONARIAS

«La religión es siempre la mejor garantía que puede tenerse de las costumbres de los hombres», según, acertadamente, afirma el célebre Montesquieu, y en realidad de verdad, puede decirse, que el verdadero adelanto de un pueblo está en razón directa con su mayor ó menor grado

de religiosidad, y el hombre, ese ente por el que las sociedades humanas se crean, viven y subsisten «tan grande es por la religión como vil y miserable aparece sin ella; parece un átomo que quisiera separarse del orden gerárquico del universo y formar espacio por sí solo,» según con acierto dice Roca y Cornet Mas no siempre los pueblos, esas diferentes agrupaciones de la grandiosa sociedad humana, han comprendido su misión y se han dirigido hacia el fin para que fueron creados, sino que por el contrario, se han desviado con mucha frecuencia de los rectos principios de la moral y de la justicia, corriendo de una manera ciega y apasionada hacia su propia y total ruina.

Hablando de una manera general, si observamos en conjunto todos los pueblos de los tiempos que fueron y los comparamos con los tiempos presentes, encontraremos que á los nobles ideales guerreros y religiosos de ayer, han sucedido los ideales mezquinos é individualistas del lucro y medro personal de hoy, y claro está, que con estas ideas utilitarias y nada altruistas que tanta privanza en mal hora alcanzaron, encajaban mal los principios religiosos de las épocas pasadas.

Se ha procurado ante todo descorazonar al pueblo, descorazonarle á fin de que no teniendo corazón no fuese apto para sentir, y no sintiendo no se diese cuenta de que se le robaba lo más preciado que tenía, la religión. Y esas masas humanas, que según dice Coussin «son el fondo mismo de la humanidad, esas masas que con ellas, en ellas, y para ellas, todo se ejecuta, que llenan por sí la escena, toda, de las historias,» rotas las cadenas que frenaban sus ímpetus, buscaron en otra parte lo que antes encontraron en sus ideales religiosos ya perdidos. No quisieron ya más la autoridad de la Iglesia que les predicaba la paz y la concordia, que suavizaba asperezas, que daba pan al hambriento, vestido al desnudo, y resignación al infortunado, y en cambio proclamaron la autoridad de la diosa Razón y de los mentidos derechos del hombre, queriendo cimentar las bases de las modernas sociedades, en los tan decantados

principios de fraternidad, igualdad y libertad, y las consecuencias que de tal orden de cosas tenían que resultar no se hicieron esperar mucho, y ríos de sangre ahogaron los gritos de las multitudes, y las guillotinas segaban las cabezas que se erguían buscando lo que las modernas doctrinas les prometieron.

Muy cierto, que las sangrientas escenas de la Revolución francesa y que los azarosos días de la terrible época de la *Commune*, se suavizaron y aquietaron, al parecer, por completo, mas la semilla echada ya á los cuatro vientos tenía que germinar, y germinó en todas las naciones de la vieja Europa y en casi todas las del mundo civilizado. Las modernas sociedades, á pesar de que muchas reniegan de su origen, no puede negarse que son hijas de la Revolución, y que como á tales, han heredado de la misma sus defectos, sus grandes aberraciones, y sus instintos y tendencias exclusivistas, impías y revolucionarias. Parecía natural, que con la tremenda sacudida que en aquel entonces el pueblo francés recibiera, tenía que comparar las diferencias enormes existentes entre el resultado de las doctrinas religiosas y el de las impías, y que con el pueblo francés, tenían que reflexionar y escarmentar todos los del mundo conocido, mas no fué así, que ya el sabio de la antigüedad Platón exclamaba, que «jamás ningún pueblo llegaría á ser filósofo.»

Aunque muy someramente, con todo lo dicho creemos haber apuntado algo acerca del origen de las tendencias y estado actual de nuestra moderna sociedad.

La grandiosa Naturaleza siguiendo fiel las leyes que plugo al supremo Hacedor señalarle, crea á todos los hombres en esencia iguales, mas cuando estos hombres se consideran y se miran en la realidad de la vida, aparecen divididos, en el orden económico, en dos grandes grupos, predominando en cada uno de ellos la circunstancia de la superabundancia ó de la más precaria escasez según tengan medios de fortuna ó según carezcan de ellos, según sean ricos ó pobres, no obstante tener todos sin excepción,

así pertenezcan á uno como á otro grupo, derecho á la existencia, y á los medios para conservarla. Siendo esto así, á primera vista parecerá quizás injusta la distribución del linaje humano en los dos grandes grupos antes citados, pero si se reflexiona y bien se considera, fácilmente se descubrirá que esta desigualdad es nacida de la misma naturaleza humana, á parte de que es de todo punto indispensable para la misma connivencia del hombre. Si todos fueran igualmente sabios y ricos, no se encontraría, á buen seguro, quien se prestase á satisfacer ciertas necesidades sociales é individuales, porque todos, teniendo medios, querrían igualmente holgar y disfrutar, no existiendo entonces, por no ser posible, el trabajo, y como á consecuencia, inmediata la carencia absoluta de lo necesario é indispensable, no ya para el progreso, sino para la propia existencia, siendo la vida civilizada de todo punto imposible; y á sensu contrario, si toda la humanidad perteneciese al segundo grupo, no podría existir el trabajo por falta de medios, y fuera éste no habría manera de ganarse honradamente el sustento, á parte de que sin capital no podrían crearse las sociedades, por no poder subvenir á todo lo que ellas forzosamente requiere para ser; sin capial no podría haber socorro, llegándose por fin, á la misma conclusión anterior, esto es, á ser la vida imposible.

Conviene no obstante tener siempre presente, que á pesar de las varias diferencias circunstanciales que á los dos grupos separan, todos sin embargo tienen el mismo origen, la misma naturaleza, unas mismas necesidades, unas mismas finales operaciones, y por fin unos mismos padres, y como á consecuencia de que todos en absoluto son hermanos.

El mundo, la sociedad marcha y pogresa mientras hay harmonía entre ambos grupos, mientras haya una ó varias entidades que con acierto las dirijan, mientras exista un poder sobrehumano que tenga el imperio absoluto de las conciencias, que reprende á los unos, castigue á los otros, y anime á los demás. Pero del hecho general en po-

cas palabras expresado por Mad. Deshonlieres de que «no hay hombre alguno que esté contento con su suerte, ni descontento de su talento», pretendieron los sectarios del mal sacar partido para preparar el advenimiento del reinado del odio y del desorden con todas sus fatales consecuencias, y la lucha encarnizada del trabajo con el capital, y de este contra aquel, y el exclusivismo más absoluto, y odio de clases, en germen todo al principio, en nuestros días ha adquirido su total desarrollo, manifestándose ya por medio de las huelgas ruinosas y continuadas, ya por la explotación más inicua, ya por los criminales atentados cometidos con toda clase de explosivos, ya en fin por la anarquía general.

La marcha destructora de esos elementos perturbadores, no contentos con lo que habían alcanzado, extendiendo más su radio de acción y para tener aún más engañadas á las masas populares, no han parado hasta introducirse á las altas esferas de la ley infeccionándolas igualmente, que dejando en muchas ocasiones de ser justa, dió libertades que no podía ni debía dar, llegándose al extremo de tener que recordar con Lacretelle, que «no todo lo que es permitido por la ley, es siempre honesto en moral»: y la harmonía que tenía que existir entre ambos grupos, y el sentimiento de hermandad reinante entre todos los elementos componentes de la grandiosa sociedad humana, desaparecieron por completo, resultando que lo que tenía que estar siempre unido en amigable concordia, se encontró separado por profundos abismos; y el hombre ya no vió en su semejante á un hermano, sino á un objeto de explotación, y muchas veces á un enemigo.

Resultado de todo lo anterior es el malestar general que se observa y que se siente en todas las esferas de nuestras modernas sociedades, y que á no remediarse prontamente, por la fuerza misma de las cosas llegará á convertirse en un terrible y universal cataclismo.

Mas las cosas no se hacen nunca por sí solas, y es verdad ya inconcusa, que no hay efecto sin causa y que am-

bas han de ser de la misma naturaleza, y así, si anárquicos son los efectos sociales, anárquicas también han de ser las causas sociales que las producen. Apuntamos ya como los sectarios del mal para llegar á su objeto, se aprovecharán de las diferencias circunstanciales existentes entre los hombres y de la mísera condición humana, pero como la nota predominante en las masas es siempre la de la ignorancia, esos hombres y directores y pervertidos no tuvieron más remedio que valerse del medio más propio y más natural, hablando directamente al pueblo, amoldándose en un todo á su manera de ser inconsciente é irreflexivo, y de la manera que más halagándole le exaltase al propio tiempo, y así emplearon, para llegar á sus fines, medios que si no eran muy pacíficos, eran en cambio muy propagandistas y surgieron las conferencias revolucionarias en sus varias formas de reuniones, asambleas, meetings, etc., en los que se pronunciaban y se pronuncian muchas arengas y discursos que si bien nada tienen de serio y científico, tienen en cambio mucho de práctico.

La obra pues de las conferencias revolucionarias es la obra del mal; este es su objeto en nuestros actuales días. Crearon el odio, fomentaron las pasiones todas, marcaron aun más las diferencias existentes entre los dos grupos humanos procurando que, rotos todos los frenos del deber y de la conciencia, la hermandad cristiana y universal fuese de hecho un mito, y que de la tan preciada paz social tan sólo se conservase el nombre, un vago recuerdo. Esta es la obra de las conferencias revolucionarias; ellas dan la solución del tan cacareado problema social, haciendo que las huelgas vengan sucediéndose sin solución de continuidad, que los desórdenes públicos estén á la orden del día, que el hambre más desastroso se cebe en las infelices y desgraciadas turbas. En ellas se predica la destrucción del hogar, de la familia, de la célula social, conforme la llamaba un profundo pensador, se incita á todo lo que sea ir contra el trabajo y el progreso, se posterga y se vilipendia á la patria, y se blasfema de Dios.

La impiedad y las conferencias revolucionarias, pueden ser contrarrestadas por medio de propaganda contraria y de conferencias católicas.

Muy doloroso es á la verdad, á los corazones nobles y generosos que esta suposición, este bello ideal, no sea ya una realidad consoladora: al veneno para neutralizar sus efectos es necesario proporcionarle un antídoto enérgico y pronto, y al igual la sociedad reclama, para curar el grave mal que le aqueja, remedios grandes y eficaces.

El campo católico parece hallarse sumido en profundo letargo, y las tristísimas circunstancias porque atravesamos claman incesantemente que se unan en apretado haz, todos los que en sus cerebros la rectitud anida y en sus pechos palpita con fuerza el amor á la humanidad, á la patria, y el amor á Dios, para presentar á los enemigos la decisiva y tenaz batalla. Precisa pues despertar y aprestarse á la lucha; que los católicos ensanchen su campo de acción y hablen al pueblo el lenguaje de la verdad, arrancando las caretas de sus falsos apóstoles, yendo también á predicar la religión, y las verdaderas igualdad, libertad y fraternidad, así en los salones como en las fábricas y talleres, así en los centros amigos como en los enemigos, inculcando á todos la harmonía que debe reinar entre el capital y el trabajo, entre el rico y el pobre, el sabio y el ignorante, fomentando al propio tiempo el amor á la familia, el amor al trabajo, á la humanidad, á la patria, y muy principalmente el amor á Dios; porque allí donde hay religión, todo marcha, todo progresa, porque no se desvía del camino que plugo trazar el supremo Hacedor de todas las cosas.

AGUSTÍN CULILLA Y GIL.

MALES SOCIALES

La pornografía por un lado y la fiebre del anuncio por otro, llegan á convertir en empresa verdaderamente difí-

cil, el circular por las calles de Barcelona, especialmente si se va en compañía de alguna señora ó se llevan á un niño de la mano.

La extensión de la pornografía, reviste los caracteres de una verdadera *plaga*.

La miseria y el descaro de algunos literatos incipientes por una parte, el afán inmoderado de lucro y *la manga ancha* de ciertos industriales por otro, junto con la debilidad de las autoridades dan al mal proporciones verdaderamente abrumadoras.

Los primeros al dar á luz sus elucubraciones, presentan las ideas, brutalmente descarnadas, admitiendo en su literatura las palabras, no ya inmorales sino también soeces, así como los pensamientos más bajos; é ineptos sus cerebros para todo lo grande, para algo artístico, ni tan siquiera saben revestir los pensamientos inmorales ó bajos, con el florido ropaje con que supieron engalanarlos los literatos antiguos, semivelando con la metáfora y el circunloquio la cruda desnudez del fondo.

Los industriales, poniendo á contribución los múltiples medios que los modernos procedimientos tipográficos ponen á su alcance, lanzan al mercado miles de ejemplares de estas publicaciones, que ya en forma de libro, ya en forma de periódico, ofrecen por unos pocos perros chicos, para que de esta manera estén al alcance de todos los bolsillos, resultando de ello, en el terreno mercantil, que la magnitud del giro les compensa el escaso precio de la mercancía y al propio tiempo, en el terreno moral, el virus se extiende, se filtra y envenena todos los corazones, sembrando en ellos el germen morboso, que corroe poco á poco, al individuo primero y á la sociedad después.

Mas que les importa á ellos si de este modo su negocio se redondea; que importa que se borren hasta los últimos vestigios de la moral, que importa que se resienta la salud de las generaciones presentes y la constitución de las futuras si de esta manera unos cuantos despreocupados aseguran su cuotidiano sustento? ¿Qué importa que se sonro-

jen de vergüenza las señoras al tropezar sus miradas con alguno de esos grabados escandalosos que por todas partes saltan á la vista?

El libro, el periódico, la tarjeta postal, los anuncios, las fotografías, todos absolutamente todos los medios de publicación conocidos, están puestos en juego para proseguir la obra devastadora. Mas ¿por qué les ha de importar? ¿acaso es algún mal, lo que ellos cometen, acaso es delito, es falta siquiera? No tal, pues piensan sofísticamente que los delitos y las faltas tienen sus penas, éstas se imponen y hacen cumplir por las autoridades es así que éstas no hacen ni dicen nada, pues no hay porque arredrarse.

Pero á pesar de todo ello importa, pero mucho, á la sociedad, el defenderse contra esta ola de inmundicia que amenaza seriamente á la vida social, contra esta plaga, germen de las más bajas pasiones, materia apta para fomentar la criminalidad y la degeneración de la raza, y baldón de ignominia para todos los ciudadanos cultos que se avergüenzan de acompañar por las calles de la ciudad condal á cualquier extranjero. No obstante si éste fuera francés podríamos reprocharle que el mal de que nos venimos ocupando, ha sido, como otros muchos de los males que afligen á España, importado de la vecina república, donde se deja también sentir con bastante intensidad.

Añádase á lo dicho la multitud de carteles fijados por todas partes y que ostentan, asimismo, numerosos balcones, en especial de las Ramblas, anunciando en letras, monumentales á veces, la curación de las más repugnantes enfermedades, convirtiendo, por otro lado, la noble profesión de la Medicina en una especie de pugilato por medio del reclamo, y cuya costumbre empieza ya á rayar en escandaloso abuso. Y cuando harto de tanta *despreocupación*, bajáis la vista hacia el suelo, os ponen entre las manos un papelito de muchos colores que os anuncia un café-concierto, ó hieren vuestros oídos las notas de alguna canción, subida de color, que acaba de completar el cuadro.

Así es como aquellas canciones, que antaño formaban el repertorio popular, aquellos versos en que se cantaban las virtudes de algún santo, las esforzadas hazañas de algún paladín, héroe de la patria, ó las aventuras de algún trovador cautivo de los hechizos de alguna castellana, de linajuda estirpe, aquella multitud de venerandas tradiciones que contribuían á enaltecer en la mente popular, la Religión, la Patria y el Amor, espiritualizando estos tres hermosos sentimientos, han sido relegados al olvido, y la canción del teatro libre, los versos y libros inmorales han venido á substituir al romance y á las leyendas piadosas ó heroicas que levantaban el espíritu y han acostumbrado á la mente del pueblo á no pensar más que en el fango terrenal, en la materia.

Pero si la miseria por una parte, el deseo por otra y la falta de vergüenza en todas, pueden en algún modo hacer excusable estos desplantes, lo que es de todo punto censurable, lo que resulta, si se quiere, más vergonzoso que la misma pornografía, es la impunidad de que goza la extensión de la misma, el incalificable abandono de las autoridades al tolerar la difusión del mal.

Medios suficientes ponen á su alcance las leyes para curar el mal, y hora es ya de que tomen cartas en el asunto, siendo de esperar que el remedio se aplicará pronto y bien, no vaya á suceder, como algunas veces, que los autores ó editores quedan impunes y los pequeños industriales sufren todo el rigor de la ley, por aquello de que el último mono.....

Por la moral, por la cultura, por el buen nombre y por la salud de nuestra querida ciudad debemos procurar con todas nuestras fuerzas que termine este estado de cosas, que se estirpe de raíz este vergonzoso mal social.

EUGENIO NADAL CAMPS.

EL PODER UNIVERSAL

(*Continuación*)

III

El hombre ha escrito su historia con la sangre de sus venas y esta sangre, si la pudiera escupir la tierra que la ha bebido, se desbordaría como mar sin orillas. La historia es una eterna lucha, es el teatro donde un sin fin de pueblos han pasado á ventilar sus cuestiones, una pintura siniestra que nos describe al alma con toda su belleza y con toda su fealdad y esta lucha sin fin, intensa y despiadada, este montón inmenso y tristísimo de cadáveres que las páginas de la historia han hacinado ¿qué representan, qué dicen, qué son? Son el canto de un poema maldito que jamás llega al fin, la vida de un mundo que en sangre vió su aurora y en sangre morirá ahogado, son toda la epopeya humana.

¿Y por qué esta lucha ha recorrido los siglos? Porque el hombre más precia su libertad y su conciencia, se ha dicho con frase llena de sarcástico cinismo. Mas no: que no es la libertad la única aspiración del hombre; ahí están los restos informes de unos imperios no levantados por el genio de algún héroe libertador sino por la espada desnuda de despóticos dictadores; ahí están el Asia absoluta, el Africa opresora y sanguinaria, la Roma excelsa y augusta afirmando con cadenas las conquistas de sus legiones; ahí están todos los imperios que han sido un dia y que el canto de libertad ha deshecho como nubes de humo.

Cierto: la libertad, este amor santo é indefinible de un pueblo á su independencia, no es el elemento activo que entra en la lucha de la humanidad por el poder, sino que es el pasivo. El amor no es virtud, es facultad naturalísima del alma, actúa siempre más ó menos intensamente, de una manera más ó menos noble, pero el amor es el alma misma. La libertad siempre ha sido el término pasivo en la lucha, la reacción; la acción, el término activo

está representado en la historia por la ambición, el pillaje ó el despotismo.

He aquí los dos términos de la lucha por entre los cuales se mueve la idea del poder universal. El poder, como ya se dirá más adelante nace naturalmente de la sociedad (es inconcebible una sociedad sin poder) y éste naturalmente ha de ser vario, particular y limitado.

No permite la índole de este esbozo abarcar las complejas materias que vienen encajadas dentro del tema ni mucho menos exponer de una manera filosófica y completa las razones que impiden la formación de un poder universal. Sin embargo, intentaremos demostrar aunque simplicísimamente nuestro aserto exponiendo de una manera simultánea los elementos que constituyen las nacionalidades políticas y la influencia de cada uno de ellos en lo que significa imposibilidad de llegar á formar un estado amplísimo ó universal.

Las razas, la religión, el idioma, las costumbres, el derecho, la independencia, etc., son aquellos elementos de que hemos hablado y cuyo examen nos dará á comprender la tal imposibilidad. En efecto: el idioma es elemento importantísimo que por sí solo determina la formación de una nacionalidad. Un pueblo sin idioma no tiene carácter propio que le distingue de los demás, parece una mera constitución política ficticia, un agrupamiento convencional que al menor motivo ha de disgregarse; un pueblo que carezca de idioma propio lo mismo encaja bien dentro de un Estado que de otro, es un pueblo sin vida donde cualquier conquistador puede imponer su ley de hierro. El idioma por sí solo ha cambiado completamente el carácter de algunas nacionalidades que aun no estaban del todo definidas, él ha dado vida á pueblos fríos, incompletos y oscuros que nunca hubieran aparecido en la historia. Los grandes imperios, las acumulaciones heterogéneas de pueblos, se han disgregado poco á poco no por grupos étnicos ni pueblos ligados por las mismas costumbres sino que se ha podido observar el fenómeno que las nacionali-

dades surgidas de ellos han sido concretadas y determinadas por grupos que hablaban una misma lengua. El idioma influye en los sentimientos y estos en la unificación de las costumbres y ambos elementos guardan estrecha relación.

El elemento étnico ó raza es tan importante como el idioma. Pueblos oriundos de un mismo lugar conservan, aunque separados por el idioma, los lazos que el carácter de la raza los ligó ya en su origen.

Si oscuro y difícil es el proceso de su formación es innegable que ellas existen y que las diferencias de unas y otras son profundas y completamente definibles. La única capaz, la única hábil de formar nacionalidades perfectas, es la europea. Su civilización la ha difundido por todas partes, contribuyendo ella sola á la elaboración del progreso y ella sola es la que puede hablar al porvenir en nombre de la humanidad. Su genio expansible y emprendedor se ha dejado sentir en los pueblos amodorrados por las influencias del suelo obligándoles á tomar parte en el concierto universal.

Las razas negra y roja son las que menos condiciones presentan para poder asumirse la iniciativa de un estado universal; ni una ni otra tienen historia. Estas dos grandes divisiones que ocupan los últimos tramos de la escalera humana, no poseen ninguna aptitud para el mando, son refractarias al progreso, son pueblos estúpidos que sólo comprenden el despotismo y la más desenfrenada libertad y sus conciencias están embotadas por máximas religiosas, groseras y sensuales que en nombre de unos dioses monstruosos les han exigido. Estos dos grupos, cada uno de por sí forman á manera de dos grandes nacionalidades. Su idioma, si bien varía en las tribus separadas por miles de leguas en el fondo es el mismo y procedente de un mismo tronco; sus costumbres casi son las mismas; la religión de las tribus de cada una de estas dos razas reconoce á unos mismos ídolos pero adorados como es natural bajo distintas formas y nombres diversos. Pueblos salvajes que á lo

sumo llegan á comprender la existencia de otra vida torpe y sensual, de inteligencia obtusísima casi nula, son incapaces de sentir ningún impulso noble y elevado de levantarse del estado bestial en que yacen ni abrazar nuevas ideas de progreso y civilización para poder dar al mundo una página de historia.

La idea de un lucro, de un más allá, una idea cualquiera ha hecho mover al hombre para escribir su historia por esto es tan cierto que un pueblo sin ideal es un pueblo sin historia. Obsérvese la de estas dos razas si es que la tienen y se verá su íntima analogía, no distinguiéndose en ellos ni estados definidos ni mucho menos nacionalidades.

De la otra raza ó sea la amarilla más vale no aventurar opiniones que no las permiten los escasos datos que de ella se tienen.

En cambio la raza blanca, es esbelta, altiva y dominadora. En ella se encuentran los rasgos más finos de la belleza, ella ha impulsado al mundo encendiéndole en un amor inmenso y puro, hacia un ideal infinito; ella ha vislumbrado con fantasía risueña y tentadora una vida tranquila y plácida amagada tras los velos del porvenir, ella sola ha comprendido el amor, la paz, los misterios de una creación grande y hermosa, ella nos ha hablado siempre de libertad y de ventura, ha reconocido la tierra, la ha sujetado á una ley acercándose cada día más á alcanzar la intuición perfecta de la inmensidad del Dios del universo. De su parte tiene el talento, la poesía, la música, el arte sublime de evocarnos la vida íntima de la belleza; su historia es la historia del mundo y sus cantos, los cantos del alma enamorada.

En resumen la humanidad se encuentra dividida en varios grupos, los cuales, aunque provenientes de un mismo origen se diferencían completamente unos de otros siendo imposible moralmente conseguir su unión y mucho menos una íntima fusión.

Negado se ha muchas veces con decidido empeño por parte de los modernos pensadores la influencia que las

fronteras naturales han podido ejercer en la formación de los Estados. Los socialistas las niegan rotundamente diciendo que el hombre en sus continuas relaciones ha comprendido que su fin no se encuentra enclavado entre montañas ni circundado por mares, sino que por sobre la naturaleza reina la ley de la fraternidad humana y la aspiración á un fin universal perfecto y único.

La civilización ha hecho la tierra llana, ha borrado las fronteras, ha salvado los mares; nada la ha detenido; ella ha dicho al hombre que antes de pertenecerse á su patria se debe al amor universal que Dios inculcó en su alma: cierto. Pero es que no se trata de estas fronteras, elemento muy insignificante que no han podido influir en la naturaleza humana hasta el punto de modificarla en uno ú otro sentido; se trata de aquellas profundas divisiones, de aquellas inexplicables antipatías y odios de raza que han sido, y constantemente serán, el obstáculo de su fusión íntima acrecentadas más y más por las diferencias de religión, costumbres, desarrollo intelectual y por una infinidad de elementos del orden moral y material como hemos dicho serán la causa eterna que impedirá la evolución de la humanidad hacia la formación de un tipo único é invariable. ¿Cómo podrá nunca la civilización levantar estas razas á un nivel superior para que así resulte cierta la desaparición de fronteras; con qué derechos podrán estos pueblos reivindicar una fraternidad absoluta? ¿No existirá siempre, por ejemplo, una valla infranqueable entre Gibraltar y el Africa?

¿Qué representaría entonces la historia de Grecia, evocadora de un arte sublime, de ensueños de belleza y libertad, qué representaría el derecho de la augusta Roma, qué los cantos heroicos de los misteriosos dioses de Bhalala nacidos entre las brumas del Rhin, qué el ciclo de Carlo Magno y canto patriótico de Roldán de Roncesvalles y el del Cid, la hermosa epopeya española, la Jerusalén libertada, qué un sin fin de liras encantadas, la exquisita harmonía de la poesía universal? No, no pueden aquellos

pueblos llegar jamás á confundirse con nuestra raza; no se borran así como así las influencias que millares de años de salvajismo han ejercido en su alma. Estas murallas son infranqueables y la civilización no podrá nada con ellas.

Necesita además un Estado del derecho, de la religión, costumbres, etc., pero no siendo posible detenerse en su explicación baste decir que todos ellos son importantísimos.

Veamos ahora como todos estos elementos deberían actuar en la formación de un Estado universal y como tal actuación es imposible. Un Estado universal no necesita fronteras, esto es claro, el espacio sería el límite de su extensión; no necesita fronteras pero es indispensable borrar las existentes, anular todo lo que significa separación. Ya hemos apuntado lo que son fronteras, no en el sentido material, sino en el formal y más comprensivo. Un Estado universal requiere la unificación perfecta, la imposición absoluta de una misma ley moral y un mismo derecho. No necesita, en este caso, suprimir nada sino extender. Un Estado universal representa la fusión íntima de todas las razas, representa la tendencia hacia la formación de un tipo único de la raza, representa un poder dueño absoluto del mundo.

No es la colonización moderna una posibilidad como á primera vista parece de un Estado amplísimo y meramente político sino la sujeción de ciertos países aun en la infancia agregados á una metrópoli por la ley de la compensación, más bien por una ley mercantil. Ha sido posible llegar á su formación porque son sólo yuxtaposiciones, ayuntamientos de pueblos heterogéneos y casi todos salvajes sin conciencia de su estado y obligados á entregar los productos de su suelo á cambio de una tutela que no existe, de un derecho que no conocen ni reconocerán y abandonándoles á sus instintos y costumbres sin sentir para nada el influjo de un poder que actúa desde miles de leguas. Estos pueblos de un grado casi nulo de civilización, de inteli-

gencia obscurísima, viven sin conciencia de su propio ser, forman en cuadros y estadísticas como forman también sus ganados y plantaciones, no influyendo para nada en la marcha de los estados; en realidad éstos no son más grandes después de alguna nueva conquista colonial porque dentro del estado el individuo desarrolla todos sus fines para alcanzar su perfección, mas ¿á que perfección llegarán estos pueblos si á lo sumo son considerados como una cuadrilla de esclavos pero dueños de un terreno fértil y obligados á cultivarlo por la fuerza; si el día en que sean un estorbo para la civilización harán desaparecerlos?

No conocen ni nuevas leyes ni nuevas costumbres, viven como vivían antes de su conquista, si no viven peor odiando y maldiciendo lo que la civilización les impone á fuerza de sangre.

(*Se continuará.*) JOSÉ SANTAMARÍA.

EL TEATRE INTIM

No era vana la espectación que produjo el anuncio de la representación de la tragedia de Esquilo, *Prometheu encadenat*, cuya hermosa traducción en verso catalán, hecha por D. Arturo Masriera, era ya conocida.

Esquilo, el trágico griego, que elevó la invención de Thespis á la categoría de género dramático, buscó como argumentos de sus producciones los asuntos heroicos y mitológicos, y uno de ellos, de origen ario, la epopeya de Prometheo, fué la base de una trilogía, que no ha podido ser reconstruída, y de la cual nos queda la primera parte, que dió á conocer en calalán el «Teatre Intim.»

El titán Prometheo llega, al comienzo de la obra, á las roquizas montañas de la Escitia custodiado por la Fuerza y Violencia, que ordena á Vulcano cumpla el mandato de Jove de encadenarlo á una de aquellas rocas, castigo divino por su audacia y temeridad de haber arrebatado del cielo el fuego, tesoro de los dioses, para entregarlo á los hombres, á quienes tanto ama. Allí van á visitarle el

Océano y sus ninfas; allí llega la infeliz Io, la eterna errante; allí aparece Mercurio, mensajero de Júpiter, anunciador de nuevos castigos si no deja de tentar á los dioses con su altivez y osadía el encadenado Prometheo, y el titán se mofa de la amenaza en el punto en que los vientos se desencadenan, retumba el trueno, alumbra el rayo y se conmueve la tierra.

Tal es el argumento de la obra, esencialmente griega, con sus innumerables episodios dentro de la acción principal, alguno de los cuales podría servir de trama para nuevas producciones. Los personajes están perfectamente delineados: la Fuerza, que sin compasión anima á Vulcano para que cumpla su cometido; Vulcano condoliéndose de hacerlo, pero como dios del fuego, le repugna clavar en la roca á quien le rindió culto; el Oceáno con sus grifones y ninfas plañideras; Io, la virgen sacrificada á los celos de los dioses, y sobre todo Prometheo, el que enseñó á los hombres el fuego, las artes, las industrias, el alfabeto, el que por amor á la humanidad dió á los mortales la luz de la inteligencia; Prometheo es tan grandioso, que no nos extraña el culto que recibía de los áticos, los cuales veían en él no á un criminal, como era para los dioses, sino á un libertador, un genio amigo de la civilización.

El asombroso talento de Esquilo pudo inmortalizar al héroe con la tragedia, y al hacerlo, ya no fué el coro quien intervino principalmente en ella, sino varios personajes, muy secundarios, es cierto, pero que realzan la acción del protagonista, cuyos recitados son admirables. Masriera no ha permitido que perdiera la obra el sabor helénico, y su verso rotundo y sonoro, su fidelidad en la versión, no han hecho añorar la primorosa lengua de Grecia.

El genio portentoso de Esquilo y la inspiración y erudición de Masriera han salvado la primera dificultad con que tropezaba la representación de la obra en nuestros días, tal es el distinto gusto de nuestro público del helénico. Adriá Gual, verdadero maestro de la escena, y Moragas y Alarma, excelentes escenógrafos, han evitado que la pre-

sentación no resultara lo grandiosa que requiere el asunto.

Principian y terminan los tres actos, en que se ha dividido la obra, con un coro, música de Pahisa, que ya empieza á dar á la representación un sabor ideal, la decoración coadyuva á ello, y la dirección é indumentaria y gestos de los personajes se dirigen al mismo fin. Jiménez, en su papel de protagonista, ha demostrado ser un gran actor, pues difícilmente puede darse mayor ajuste al personaje, y es lástima que los restantes no supieran mejor el papel.

Ha habido falta de ensayos, y esta es la única falta que hallamos á la meritísima labor de Adriá Gual.

La siguiente velada ofreció contraste con la anterior pues se estrenó la obra de Perez Galdós *Torquemada en el foch*. No pude asistir á la representación y me pesa por lo que de ella dice un crítico, cuyas palabras transcribo:

«Está inspirada, mejor dicho, sacada la nueva producción de la novela del mismo autor *Torquemada en el fuego*, que es una de las del período de decadencia del autor de *Marianela*. Y con añadir que el arreglo es muy malo, la traducción no muy buena y la interpretación resultó pésima, no se extrañará que el público siseara al final del primer cuadro y recibiera á chacota las escenas mas patéticas del segundo. No faltan en el diálogo ingenio y frases chistosas, como tampoco conceptos de mal gusto en que se ridiculizan cosas muy respetables.»

PACO PALMERS.

EL SUEÑO DEL NIÑO DIOS

Arrebujado en las sombras
Cual repugnante esqueleto
Que frío, inmóvil y escueto
Sus horas contando va,
En el fondo tenebroso
De un abismo maldecido,
Por sus vicios carcomido
El mundo durmiendo está.

Y sueña..: Clara es la noche
Que entre las sombras se mece,
Clara es la luna que acrece
De su disco el resplandor;
Pero el mundo sueña sombra,
Sueña tinieblas palpables
Y fantasmas espantables...
Miseria, llanto, terror.
¡Pobre mundo! envilecido,
Duerme ya sin la esperanza
De poder ni en lontananza
Columbrar su redención;
Y sueña..: sueño de muerte
Es el sueño que le agita,
Mientras en su pecho palpita
Fatigado el corazón.
Es el ensueño del reo,
Que al recordar su pasado,
Se ve á muerte condenado
Por su vida criminal;
Y sólo espera la hora
En que el reloj justiciero
Marque pausado y severo
La tremebunda señal.
Duerme, infeliz, que en tu sueño
No ves los nuncios alados
Que en las estrellas sentados
Un himno ensayando van,
Cómo formando espirales
Por el ancho firmamento
Sus cantares dan al viento
Con encantador afán.
Duerme: pero así dormido
No oirás el canto hermoso
Con que mecen tu reposo
El ángel y el querubín:
Y abismado en las tinieblas
De tu letargo profundo
No podrás ver, pobre mundo,
De tus miserias el fin.
Duerme y sueña; que entre tanto
Cerca de un tosco camino
Por dó pasa el peregrino
De sus hogares en pós;

En una cueva ruinosa
Y entre pajas, sobre el suelo,
Sueños de color de cielo
También sueña el Niño Dios.
Despierta, mundo, despierta,
Y escucha como suspira
Aquel Niño que te mira
En un sueño celestial;
Como con su manecita
Te indica con embeleso
Que imprimas un dulce beso
En su pecho angelical.
También sueña, mas su sueño
Es bello como un querube,
Tenue y leve cual la nube
Que flota en la inmensidad,
Hermoso como la aurora,
Heraldo de la mañana,
Como la flor que galana
Irradia luz y beldad.
Sueña en tí. Por esto oprime
Con su tierna manecita
El corazón do palpita
Un volcán de dulce amor;
Por esto en el duro suelo
Envuelto en pobres pañales
Va enviándote á raudales
De su rostro el resplandor.
Es tu Dios: es el que airado
Por los pecados del suelo,
Las cataratas del cielo
Abrió sobre el hombre infiel,
Mas hoy, de tu amor mendigo,
Y su grandeza ocultando,
Te pide lloriqueando
Que sólo le ames á El.
Es tu Dios: es el que un día
Entre rayos y centellas
Dejó marcadas sus huellas
En el monte Sinaí;
Y hoy encubriendo su esencia
Bajo la forma de un niño,
Con infinito cariño
Sueña, mas pensando en ti,

Es tu Dios: desde su trono
Formado por áureas nubes,
Sostenido por querubes
Flotando en un mar de luz;
Ha descendido á la tierra
Para tu bien y alegría...:
Por esto sueña que un día
Morirá clavado en cruz.

R. O. E.

Revista de la Quincena

La cuestión Nozaleda.—La Asamblea Pedagógica.—La unión de los católicos.

Sabido es que la masonería adoptó la norma de elegir periódicamente una víctima que diese pasto á su voracidad, escándalo al pueblo y motivo de aflicción á la Iglesia. Y el sacrificio se repite con breves intervalos; y la deficencia de las leyes y sobre todo la lenidad por parte de los encargados de aplicarlas, contribuyen poderosamente al triste éxito de los planes de la malhadada secta.

Ahora le ha tocado el turno al Rdmo. Padre fray Bernardino Nozaleda, que ocupó la silla metropolitana de Manila durante diez años, dejándola vacante á consecuencia de haberse apoderado los yankis de Filipinas.

Designado recientemente por el Gobierno español para desempeñar el arzobispado de Valencia, las iras de los sectarios hanse concitado contra el ilustre dominico, calumniándole villanamente en periódicos, mitins y teatrillos de saltimbanquis. Pocas veces se habrá visto campaña más infame, pocas veces el impudor se habrá derrochado tan desapoderadamente. Las acusaciones han sido tan procaces como infundadas. Se le ha calificado de traidor, suponiendo que había entrado en componendas con los vencedores del Archipiélago y se le ha injuriado con los más duros y más denigrantes de nuestos. Y con todo, leyendo serenamente cuanto se pretende alegar en contra suya, no se encuentra ni el más leve indicio que pueda dar lugar siquiera á una sospecha razonada que abone la acusación ó atenúe su malicia, ni otra cosa más que el afán de responder á la consigna masónica de combatir á la Iglesia persiguiendo á sus ministros y con mayor tesón á los que, como ocurre con el Padre Nozaleda, pertenecen á una Orden religiosa.

Todo se ha puesto á contribución en esta campaña infamatoria. A los sectarios declarados han hecho coro los de *ocasión*, los que se llaman liberales, por sus concomitancias con aquéllos (en cada periódico liberal, aunque se llame monárquico, hay su correspondiente masón ó masonizante), y por hacerse querer de la plebe; y algunos rotativeros que han visto en el escándalo un medio pintiparado para engrosar el ingreso de perros chicos.

Hasta personajes que, sea cual fuere la escuela en que militen, por la altura intelectual que se les atribuye debieran haberse mostrado comedidos y razonables, han hecho coro á la turbamulta de necios y maleantes, poniéndose en ridículo á los ojos de las personas sensatas. Desde Montero Ríos hasta Salmerón, pasando por Canalejas, todos los que pretenden explotar el sufragio universal—origen, conjunto y resumen de la desmoralización política—se han apresurado á formular declaraciones de encargo relacionadas con la aplicación del Derecho Canónico; con el concepto del patriotismo y con el Derecho Internacional; declaraciones que han sido otros tantos disparates, como han demostrado, entre otros, *La Epoca*, *El Correo Español*, *El Universo* y el marqués de Olivart. Y para que no faltara lo bufo en tan abominable campaña, terciaron en ella unos comiquillos de teatros por horas, cantando coplas que á su falta absoluta de ingenio y de literatura unían el más cínico descoco.

En tanto, lo único que se ha podido probar respecto á la conducta del Padre Nozaleda en los tristes días que siguieron á la rendición de Manila, es que gestionó y obtuvo del almirante Dewey el rescate de centenares de españoles que se hallaban en poder de los tagalos, y la enajenación de un riquísimo pectoral cuyos rendimientos destinó al socorro de los soldados de la patria heridos en campaña. ¡Y á esos patrióticos arranques se responde con apóstrofes, injurias y calumnias!

Las cosas, sin embargo, no quedarán aquí, Dios mediante; pues el Padre Nozaleda, con muy buen acuerdo, ha enviado á los Tribunales á los Directores de los periódicos que iniciaron la campaña, y está preparando la publicación de un folleto destinado á vindicar su honor en mal hora ultrajado.

—

Otro intento sectario—aunque con más pálidos matices—fué el cariz que se pretendió dar á la Asamblea Pedagógica española últimamente celebrada en Barcelona.

Llamados á intervenir en ella, no sabemos por qué razón, los Sres. Canalejas y Vincenti, desde luego se vió que estos políticos radicales procuraron tomarla como pretexto de propaganda anticlerical. Mas esta vez los católicos estuvieron apercibidos, y contra-

rrestaron el esfuerzo sectario con tanto brío, que lograron imponerse hasta conseguir que el último discurso del Sr. Vincenti fuera una rectificación del primero que pronunció en lo referente á la cuestión religiosa, y que el mismo Sr. Canalejas, en su discurso político del teatro Principal, prescindiese de tocar asunto tan delicado por temor á manifestaciones poco agradables del auditorio, según expresó el orador muy parlamentariamente.

Por lo demás, poco ó nada dió de sí la tal Asamblea, como no fuera el triste espectáculo de unas sesiones borrascosísimas, indignas de personas que pretendían *europeizar* la enseñanza.

—

El éxito obtenido por los católicos en la Asamblea Pedagógica poniendo á raya á los sectarios, y el que pocos días después lograron en el Colegio de Abogados desechando por 274 votos contra 4 una proposición en que se pedía la supresión de las funciones religiosas costeadas por el mismo, demuestran una vez más las ventajas y la necesidad, de día en día apremiante, de la unión, para vencer el empuje de los enemigos del Catolicismo.

Esta unión, realizada en el terreno político, aseguraría los derechos de la Iglesia en nuestra patria; y esta consideración debiera bastar para llevarla á cabo.

JUAN BURGADA Y JULIÁ.

Imprenta de la Casa Provincial de Caridad.—Calle de Montealegre, núm. 5.—Barcelona.